

UMBRAL DE LAS TINIEBLAS

de Carlos M. Federici

78. LA VI DESINTEGRARSE ANTE MIS OJOS



HUBIESE sido igual que abrirme a mí mismo en canal y exponer mis entrañas humeantes a la curiosidad pública. Lo ocurrido entre Verna y yo, cuando por fin aquella criatura acabó por manifestarse en su verdadera naturaleza, formará parte para siempre de ese caudal recóndito que cada alma se reserva únicamente para sí misma, con pudor egoísta.

Por eso fue que confié a la frialdad de la cinta magnética —única que logré sacar del castillo, al final de todo— el cometido de transmitir, expurgadas de sentimientos, aquellas instancias de brutal revelación.

Y hubo además otras razones, de orden más práctico éstas: fue entonces cuando comencé a ver las cosas en su real dimensión y a desvelar significados que hasta ese momento, más o menos arteramente, me habían sido escamoteados. No me convenía ya, decidí, dejar traslucir demasiado mis pensamientos íntimos. Me había llegado el turno de adoptar una máscara.

Y así esbocé este plan, que aún está por cumplirse..., que acaso penda de un cabello por encima de las fosas infernales..., pero del cual, por endeble que sea, depende nada menos que el futuro de nuestro mundo. Tengo que mostrarme cuidadoso hasta el extremo.

Bajo la cruda acometida de las luces, enfrentado al ojo implacable de las cámaras, y vigilado además por otra mirada más fría y malévola, aprieto las mandíbulas (sé que no queda gota de sangre en mi rostro) y procuro impedir que mi improvisado antifaz resbale.

Se agitan los recuerdos en tumulto, dentro de mi cabeza..., una marejada de imágenes violentas, claroscuros terribles de miedo y de crueldad.

.....

CUANDO el barón Bathory me dijo, seco el acento y helado el fulgor de sus verdes ojos, que la horrible misión habría de ser ejecutada por mí, sufrí un agónico sacudimiento de todas mis entrañas, una como náusea psicósomática que me arrojó temblando en un sillón.

—No puedo —mascullé—. ¡Nunca podría!

—Yo sé que podrá —repuso él—. Porque tiene que hacerlo: no hay alternativa.

—¿Pero por qué? ¿Por qué yo, justamente?

—Ella..., *eso*, cree que usted le pertenece por entero. No se pondrá en guardia, como lo haría conmigo. ¿Comprende?

—Pero yo... ¡Oh, Dios! ¿Qué es lo que...?

El barón se sentó a mi lado.

—Lo que debe hacer es sencillo. Yo le explicaré.

—¡No voy a poder! —Hundí la cara entre las manos—. No...

—Escuche. Será a la vez prueba... y ejecución.

—¿Eh?

—Si llegamos a estar equivocados, no pasará nada, Poletti.

Alcé la cara.

—¿Cómo...?

—Si ella no fuese..., siempre cabe la posibilidad de una falsa alarma..., si ella no fuese lo que creemos, digo..., el procedimiento resultaría inocuo. ¡Tan sólo una *Lhughai* correría peligro mortal en tal trance!

—**A** VER SI entiendo bien —dije—. Quiere decir que... si Verna resultara ser tan sólo una mujer, nada malo le ocurriría. ¿Pero qué seguridad hay de que...?

Ví una nube en los ojos del aristócrata.

—Lamentablemente, mi pobre amigo, yo tengo la certeza de que ella no es humana... Por esa razón es que le estoy pidiendo a usted que haga lo que yo mismo haría, de no temer que ella adivinara mis intenciones.

—Ya veo. —Aspiré profundamente—. Bien..., ¿qué hay que hacer, entonces?

El me mostró una especie de redoma, del tamaño de un reloj de bolsillo. Parecía ser muy antigua, hecha quizás de oro o de algún metal sobredorado. Le ví grabados varios signos que no logré descifrar.

—Encontré esta botellita en un antiguo nicho lleno de telarañas —me explicó el barón Bathory—. Debe de haber estado en el castillo desde hace más de tres siglos.

—¿Y qué contiene?

—Había un trozo de pergamino junto a ella. Los caracteres estaban muy confusos, después de tanto tiempo, pero por fin los pude leer. ¡Esto es el *Elixir Purificans* que menciona Abdul Alhazred en el *Necronomicon* !... Lovecraft y Ashton Smith también hablan de él, y en uno de los relatos póstumos del primero se lo recomienda para casos como éste, Poletti.

—Ella... ¿tendría que beberse?

El barón meneó la cabeza.

—Bastaría con arrojárselo al rostro... “y un fulminante e irreversible proceso de corrupción se desatará al instante mismo en que las gotas de este elixir entren en contacto con la materia inmundada de esas criaturas del Abismo...”, dice Alhazred, transcrito por Lovecraft en el relato que le citaba hace un momento.

... **Y** LA VI deshacerse ante mis ojos desencajados. Vi aquella exquisita hermosura convertirse en algo nauseabundo y odioso... Pero ella, antes de dejar por completo de ser Verna Nadasdy, alcanzó a hablarme.

Un velo se descorrió entonces ante mí, ¡y por fin... *supe*!

(Continúa)

SIGUE: “UN MINUTO ANTES DEL FIN”... ¡LA PESADILLA DESCRIPTA EN SUS MÁS HORRIPILANTES DETALLES!... ¡LA ABOMINABLE ENTIDAD QUE SE REVISTIÓ DE LA ENGAÑOSA HERMOSURA DE VERNA NADASDY EN CRUEL AGONÍA, ANIQUILADA POR EL PROPIO POLETTI!... ¡TERROR Y ESPANTO EN CADA LÍNEA! SI DECICE LEERLO..., ¡CUIDADO!... ¡Y NO ES SINO UN MERO ANTICIPO DE LOS HORRORES QUE SOBREVENDRÁN!...

ALGO SOBRE EL AUTOR

Nacido en Montevideo en 1941, Carlos M. Federici debutó en la narrativa en 1961, con el cuento "*El Secreto*", aparecido en la revista "*Mundo Uruguayo*" (hoy extinta). Desde 1968 comienza difundir sus relatos policíacos, de fantasía y de ciencia ficción en el mercado internacional, siendo posteriormente traducido a varias lenguas. Es autor de seis novelas, y paralelamente ha tenido incursiones en el cómic, habiéndosele otorgado diversos premios en certámenes literarios a lo largo de su trayectoria.

Panorama de su obra en:

<http://urumelb.tripod.com/autores/federici/index.htm>

"*El Umbral de las tinieblas*" es copyright 1985-2016, Carlos M. Federici.

SI A TI TE INTERESA CONECTARTE CON EL AUTOR AQUÍ ESTÁ SU DIRECCIÓN DE CORREO:

cmfederici@hotmail.com